

**Tomar a Cristo como holocausto
para la satisfacción y expresión de Dios**

Lectura bíblica: Lv. 1:1-17; 6:8-13; Nm. 28:2-3; Jn. 4:23-24;
5:30; 6:38; 8:29; Ap. 21:18-21

- I. El holocausto (Lv. 1:1-17; 6:8-13), el cual estaba íntegramente destinado para la satisfacción de Dios como alimento para Dios, representa a Cristo, quien deleita y satisface a Dios, como Aquel cuyo vivir en la tierra era un vivir de absoluta entrega a Dios (1:3; Nm. 28:2-3; Jn. 5:30; 6:38; 8:29; He. 10:5-10):**
- A. Como holocausto, Cristo fue llevado al matadero—Is. 53:7; Mt. 27:31; Fil. 2:8.
 - B. Como holocausto, Cristo fue degollado—Lv. 1:5a; Lc. 23:21; Hch. 2:23.
 - C. Como holocausto, Cristo fue desollado, despojado de la manifestación externa de Sus virtudes humanas—Lv. 1:6a; Mt. 11:19; Mr. 3:22; Jn. 8:48; 10:20; Mt. 26:65; 27:28, 35; Sal. 22:18.
 - D. Como holocausto, Cristo fue cortado en trozos—Lv. 1:6b; Mr. 15:29-32; Lc. 23:35-39; Sal. 22:16-17.
 - E. La experiencia que Cristo tuvo en cuanto a ser sabiduría es representada por la cabeza del holocausto—Lv. 1:8; Lc. 2:40, 52; Mr. 9:40; Mt. 12:30; 21:23-27; 22:15-22, 34-40.
 - F. La experiencia que Cristo tuvo en cuanto a ser el deleite de Dios es representada por la grosura del holocausto—Lv. 1:8-9; Mt. 3:17; 17:5; Is. 42:1; Mt. 12:18; Jn. 6:38; 8:29; 7:16-18.
 - G. La experiencia que Cristo tuvo en las partes internas de Su ser es representada por las partes internas del holocausto—Lv. 1:9; Lc. 2:49; Jn. 2:17; Mt. 26:39; Is. 53:12; 42:4; Mr. 2:8.
 - H. La experiencia que Cristo tuvo en Su andar es representada por las piernas del holocausto—Lv. 1:9; Lc. 24:19; Jn. 8:46; 10:30; 8:29; 16:32; Lc. 23:46; Jn. 14:30b.
 - I. La experiencia que Cristo tuvo en cuanto a ser guardado por el Espíritu Santo de contaminación es representada por el hecho de que las piernas y las partes internas del holocausto eran lavadas—Lv. 1:9, 13a; Lc. 4:1; He. 7:26.
- II. Cuanto más disfrutamos a Cristo como nuestro holocausto, más nos damos cuenta de cuán pecaminosos somos; entonces podemos tomarle como nuestra ofrenda por el pecado de manera más profunda que antes (Lv. 6:25), y esto nos permite disfrutarlo más como holocausto (16:3, 5).**
- III. Al poner nuestras manos sobre Cristo como nuestro holocausto, somos unidos a Él, y Él y nosotros llegamos a ser uno—1:4:**
- A. En tal unión, tal identificación, todas nuestras debilidades, defectos y faltas son llevados por Él, y todas Sus virtudes llegan a ser nuestras—2 Co. 5:21; Gá. 2:20.
 - B. Por medio de tal unión, Cristo llega a ser uno con nosotros y vive en nosotros, repitiendo en nosotros la vida que Él llevó en la tierra, la vida propia del holocausto—6:17.
- IV. Necesitamos tomar a Cristo como nuestro holocausto cada día (Lv. 1:2-4; 6:12-13; Nm. 28:3-4; cfr. 2 Ti. 2:6) a fin de poder experimentar a Cristo en Sus experiencias como holocausto, no imitando a Cristo externamente, sino viviéndole en nuestra vida diaria—2 Co. 5:14-15; Fil. 1:19-21; Hch. 27:22-25; 28:3-9; 1 Co. 1:9:**
- A. Necesitamos experimentar al Cristo que fue llevado al matadero—Fil. 3:10; Gá. 6:17; 1 Co. 11:1; Hch. 21:30-36.

- B. Necesitamos experimentar al Cristo que fue degollado—2 Co. 4:7-13, 16-18.
- C. Necesitamos experimentar al Cristo que fue desollado—Hch. 24:5-6; 2 Co. 6:8; 12:15-18; Mt. 5:11.
- D. Necesitamos experimentar al Cristo que fue cortado en trozos—1 Co. 4:12-13.
- E. Necesitamos experimentar a Cristo en Su sabiduría—1:24, 30; 2:7; Col. 1:28; 2 Cr. 1:10.
- F. Necesitamos experimentar a Cristo como Aquel en quien Dios se deleita—Lv. 1:16b; Sal. 20:3; 2 Co. 5:9; 1 Ts. 2:4-8; Gá. 1:10; Ro. 14:17-18.
- G. Necesitamos experimentar a Cristo en las partes internas de Su ser—Fil. 2:5; 1 Co. 2:16b; Ro. 8:6; Fil. 1:8; 2 Co. 11:10; 1 Co. 16:24.
- H. Necesitamos experimentar a Cristo en Su andar—Mt. 11:29; Ef. 4:20; 1 Co. 11:1; 1 P. 2:21; Ro. 8:4.
- I. Necesitamos experimentar al Cristo que fue guardado por el Espíritu Santo de toda contaminación—1 Co. 6:11; Tit. 3:5; Jn. 7:38-39; cfr. Dn. 1:8.

V. Cuanto más tomemos a Cristo como nuestro holocausto, más la expresión externa de Su belleza es atribuida a nosotros a fin de magnificarle (Lv. 7:8; Sal. 90:17; Éx. 28:2; Fil. 1:20), y más disfrutamos a Cristo como nuestro envolvente poder que nos cubre, protege y preserva (4:13; 2 Co. 12:9).

VI. Necesitamos adorar al Padre ofreciéndole el Cristo que es el holocausto para la satisfacción de Dios—Lv. 1:3, 9b; Nm. 28:2-3; Jn. 4:23-24:

- A. Dios quiere que lo adoremos ofreciéndole el Cristo que es la realidad de las ofrendas; las ofrendas tienen por finalidad agradar a Dios y alegrarlo—vs. 23-24; cfr. He. 10:5-10.
- B. Dios tiene hambre y necesita alimento; las ofrendas son el alimento de Dios—Nm. 28:2-3:
 1. Uno de los propósitos principales de las ofrendas es que sirven como alimento para Dios.
 2. El holocausto es el alimento de Dios que le trae disfrute y satisfacción, y sólo Él puede comerlo—Lv. 1:9b.
- C. El holocausto tiene como finalidad satisfacer a Dios a fin de cumplir Su deseo—Nm. 28:2:
 1. El holocausto denota la entrega absoluta de Cristo para la satisfacción de Dios—Jn. 6:38.
 2. La adoración apropiada consiste en satisfacer a Dios con Cristo como holocausto—1 P. 2:5; Jn. 4:34; 5:30; 8:29.
 3. La palabra hebrea traducida “holocausto” denota algo que asciende; esto que asciende se refiere a Cristo—Lv. 1:3, 10, 14:
 - a. Lo único en la tierra que puede ascender a Dios es la vida que llevó Cristo, pues Él es la única persona que llevó una vida absolutamente entregada a Dios—Jn. 6:38.
 - b. Como holocausto, Cristo lleva una vida de absoluta entrega a Dios que puede satisfacer a Dios de manera plena—8:29:
 - (1) Al poner nuestras manos sobre Cristo como nuestro holocausto, somos unidos a Él—Lv. 1:4; 1 Co. 6:17.
 - (2) A medida que Cristo vive en nosotros, Él repite en nosotros la vida que Él llevó en la tierra, la vida propia del holocausto—Gá. 2:20.
 4. Las palabras hebreas traducidas “aroma que satisface” significan literalmente “grato olor que proporciona descanso o satisfacción”, esto es, un grato olor que proporciona satisfacción a Dios—Lv. 1:9:
 - a. Un aroma que satisface es un grato olor que proporciona satisfacción, paz y descanso; tal aroma que satisface es un disfrute para Dios.

- b. Cuando adoremos al Padre ofreciéndole al Cristo que es la realidad del holocausto, un aroma agradable a Dios ascenderá a Él para Su satisfacción—Jn. 4:23-24.
- c. Ya que Dios está satisfecho, Él nos dará Su dulce aceptación; éste es el significado del holocausto.

VII. Estamos siendo reducidos a cenizas para llegar a ser la Nueva Jerusalén con miras a la expresión de Dios—Lv. 1:16; 6:10-11; Sal. 20:3; 1 Co. 3:12a; Ap. 3:12; 21:2, 10-11, 18-21:

- A. El holocausto indica que nuestro corazón está absolutamente entregado a Dios en esta era—Ro. 12:1-2.
- B. Las cenizas representan al Cristo que ha sido reducido a nada—Mr. 9:12; Is. 53:3:
 - 1. El deseo del Señor es que todos los creyentes en Cristo sean reducidos a cenizas.
 - 2. Puesto que somos uno con el Cristo que ha sido reducido a cenizas, nosotros también somos reducidos a cenizas, es decir, reducidos a nada, a cero—1 Co. 1:28; 2 Co. 12:11.
 - 3. Cuanto más somos identificados con Cristo en Su muerte, más comprenderemos que hemos llegado a ser un montón de cenizas.
 - 4. Cuando llegamos a ser cenizas, ya no somos personas naturales; más bien, somos personas que hemos sido crucificadas, hemos llegado a nuestro fin y hemos sido quemadas—Gá. 2:20a.
- C. Las cenizas son señal de que Dios acepta el holocausto—Sal. 20:3:
 - 1. El que Dios haya aceptado el holocausto se ve en el hecho de que lo convierta en cenizas.
 - 2. El que Dios acepte el holocausto también significa que Él lo acepta como grosura, algo que Él considera agradable y placentero.
- D. Colocar las cenizas junto al altar, hacia el oriente, el lado de la salida del sol, hace alusión a la resurrección—Lv. 1:16; Jn. 11:25; Fil. 3:10-11; 2 Co. 1:9:
 - 1. Con Cristo como holocausto, las cenizas no son el fin, sino que son el comienzo—Mr. 9:31.
 - 2. Las cenizas significan que Cristo ha sido muerto, pero el oriente significa resurrección.
 - 3. Cuanto más seamos reducidos a cenizas en Cristo, más seremos puestos al oriente, y en el oriente tendremos la certeza de que el sol saldrá y que experimentaremos el amanecer de la resurrección—Fil. 3:10-11.
- E. Finalmente las cenizas se convertirán en la Nueva Jerusalén—Ap. 3:12; 21:2, 10:
 - 1. La muerte de Cristo nos lleva a nuestro fin; es decir, nos reduce a cenizas.
 - 2. La muerte de Cristo trae la resurrección, y en resurrección las cenizas llegan a ser materiales preciosos para el edificio de Dios—1 Co. 3:9b, 12a.
 - 3. Cuando somos reducidos a cenizas, somos llevados a la transformación que efectúa el Dios Triuno—Ro. 12:1-2; 2 Co. 3:18.
 - 4. Los materiales preciosos usados en la edificación de la Nueva Jerusalén son el resultado de la transformación de las cenizas—Ap. 21:18-21.
- F. El resultado de que nosotros seamos un holocausto será algo que llevará a cabo la economía de Dios—1 Ti. 1:4; Ef. 3:9; 1:10.